

EL REVISIONISMO CONTRA EL PROLETARIADO

2020-03-03

AITOR MARTINEZ

Hace escasamente un mes que la punta de lanza del reformismo recurrió de nuevo a su exponente más galardonado para atacar a la juventud comunista de Euskal Herria. En aquel momento ya fue expuesta la falsedad del pensamiento y la incongruencia teórica del revisionismo, que como todo revisionismo que se precie, no duda en disfrazarse de marxista. El debate, iniciado por Eneko Compains, que recorría, o intentaba recorrer, diferentes momentos teóricos para tratar de demostrar la inconsistencia política de la organización revolucionaria Gazte Koordinadora Sozialista, terminó con un giro para nada esperado: una vez patentes las carencias teóricas en un debate de base teórica, Compains tuvo que echar por la borda todo el maquillaje declarando, primero, su falta de conocimiento teórico en relación a su contertulio y regodeándose, posteriormente, en esa falta de conocimiento haciendo recurso de galones y contraponiendo el conocimiento teórico de la realidad a la realidad que él dice pisar, a diferencia de los demás. Cabría preguntarle cuál es esa realidad que pisa, si justo antes ha reconocido carecer de las herramientas fundamentales para poder aprehenderla. ¿No será la realidad la que le está pisando a él?

Y es que no era pequeña la empresa que se proponía realizar; por mucho velo que se interponga, no debe ser fácil demostrar lo falso de la teoría y práctica comunista, más aún cuando todos sus precedentes, que disponían de mayores recursos, han fracasado.

El teatro no tuvo excesivo recorrido, en cambio. Lo que él inició como debate teórico acabó convirtiéndose en un rechazo manifiesto de la teoría. Todo el decorado saltaba por los aires, demostrando que la tergiversación maniquea de los conceptos no respondía a ningún tipo de honestidad militante, ni era manifestación de una inquietud fruto del compromiso con la liberación de clase, sino que tenía como único fin alimentar la estrategia de sometimiento del proletariado mediante el ataque directo a su potencia política, articulada en el movimiento socialista de Euskal Herria.

No es, sin embargo, una cuestión meramente conceptual reducida al conocimiento individual de los libros, tal y como Compains, en un claro ejemplo de su visión individualista y egocéntrica de la política, no duda en afirmar. A través de esa insuficiencia conceptual, de esa incapacidad de categorizar la realidad, se plasma la impotencia (o potencia, según se interprete) política de toda la línea reformista de clase media, que encuentra hoy en Sortu su máximo exponente y su mejor herramienta para socializar la dominación de clase, en tanto que esconde bajo un falso radicalismo interpretado, al que se recurre mediante la alegoría "pisar la calle", el vacío y la quietud frente a la realidad. Quietud que tiene su propio relato, y su propio concepto de clase, que es objeto de análisis y razón de ser de este artículo.

Pero, antes de nada: no hay que olvidar que a esta brillante intervención del revisionismo, casi a la desesperada, la precede otra no menos avergonzante en la que afirmaban y reconocían que la Huelga General no era lugar para la reivindicación del proletariado, lo que demostraba que respondía directamente a intereses partidistas de clase media. Invitaban, así, al proletariado a llamar su propia huelga para hacer valer sus reivindicaciones. Todo esto, en cambio, como no puede ser de otra manera, lo adornaban y lo tergiversaban hasta el punto de contraponer al proletariado con el movimiento socialista, y no identificar al uno con el otro. Así, el movimiento socialista aparecía como una fuerza externa que transgredía el curso normal de la huelga, al que había que señalar, diferenciar y, sobre todo, extirpar de la reivindicación real del proletariado, de tal manera que se cancelaran, de forma mediada y no directa, las capacidades de este último. Lo que

KOIUNTURA POLITIKOA

aparecía como una crítica al movimiento socialista era en realidad una declaración de intenciones de la clase media, en la que saltaba a la palestra su propósito de frenar la ascensión política del proletariado en la vía hacia su independencia.

No obstante, el movimiento socialista de Euskal Herria afirmaba que la independencia política del proletariado, y por lo tanto su manifestación como clase, estaba ligada a la organización en bloques con reivindicaciones propias. Ahí es donde entra la brillante intervención de Compains, y otros representantes del revisionismo, y su definición ambivalente y vacilante de la clase social en general, y del proletariado en particular, con el único fin de demostrar que el proletariado no era aquello que decía ser, sino que un poco más, o un poco menos. O no era nada, o era todo, lo cual lo convertía en nada, en impotencia.

Según su definición, la clase no existe si no se reivindica políticamente, esto es, si no se reclama a sí misma como identidad. Desde esa perspectiva, el proletariado es todo lo que se dice a sí mismo proletariado, y cada una de sus intervenciones son proletarias en tanto que las reivindica como tal. En realidad, lejos de lo que él interpreta, la posición defendida poco tiene que ver con una manifestación política subjetiva *-correspondiente al sujeto-* organizada, la cual sería justa a la hora de definir la clase social, sino que más bien con una manifestación subjetivista e identitaria, en la que el sujeto, el proletariado, no tiene base objetiva alguna más allá del mero voluntarismo utópico y abstracto, y aparece como simple manifestación espiritual transversal, en tanto que lo atraviesa todo y no adquiere realidad material. De lo contrario, la manifestación política que se reivindica como fundamento de clase estaría ligada a un programa político enraizado en la existencia objetiva de la clase proletaria *-precisamente lo que se niega con el recurso a la necesidad de expresarse políticamente-*, que es condición objetiva del sistema capitalista, programa que *de facto* negaría al revisionismo como expresión política del proletariado.

En cambio, ese conocimiento y ese cimiento de la política proletaria son negados según la definición que se ofrece, negando así también toda posibilidad de superación real del sistema capitalista; esto es, negando el elemento objetivo que supone la tendencia a la proletarización y por tanto al derrumbe del propio sistema, y construyendo la necesidad de su superación sobre la nada y la mera palabrería identitaria y el recurso a la utopía. Recurso que ni siquiera roza conscientemente el revisionismo contemporáneo, el cual se repliega hacia el reformismo abierto de la política posibilista.

Compains pudo aplicar su misma receta en lo concerniente a la teoría de la clase media, y afirmar que esta solo existe como expresión política *(de un bloque interclasista que tiene como fin la perduración del sistema capitalista)*. Pero, lejos de ello, el revisionismo de la clase media, como no puede ser de otra forma, se limita a afirmar que la defensa de la existencia de tal bloque interclasista es plegarse a la estrategia de la burguesía, que busca, mediante el recurso de apelar a una clase intermedia, la disolución de la unidad de la clase obrera. ¿Qué unidad? Cabría preguntar. ¿Qué unidad y sobre qué fundamentos, bajo qué programa?

No hay respuesta. Y es que, mediante esta conceptualización verdadera de la clase, lo que realmente se disuelve es la nebulosa ideológica identitaria que oculta el sometimiento de la clase obrera y su división interna ya existente. La independencia política del proletariado, lejos de disolver la unidad, la restituye en un nivel superior, sobre un programa revolucionario. Al contrario, el privilegio interno de la clase, traducido en programa político reformista, no parece buena estrategia para la unidad de clase.

Por último, no son pocos los que han intentado reducir el debate a la mera interpretación del marxismo. Es cierto que hay diferentes interpretaciones a cerca del mismo, al igual que

KOIUNTURA POLITIKOA

lo hay acerca de cualquier otra cuestión. Ahora bien, la variedad interpretativa no justifica la inexistencia de la verdad y, por lo tanto, de lo verdadero y falso de cada una de las interpretaciones. Resulta superfluo y un recurso a la desesperada achacarnos una interpretación del marxismo cerrada por parte de quien ha demostrado un profundo desconocimiento sobre la materia y cuando su interpretación ha sido demostrada como falsa. Se trata de demostrar que es falso lo que decimos, no de afirmarlo sin fundamento alguno. Se trata, asimismo, de demostrar en qué es falso, en qué medida socava los fundamentos teóricos del marxismo y, por ello, de demostrar que se conocen esos fundamentos mediante su exposición sistemática; nada de ello ha ocurrido hasta la fecha. Aun así, seguimos abiertos al debate.